

de sus fuerzas. Hay temas que son de evocación insoslayable como la pornografía, las políticas que pretenden provocar el asco colectivo a los contactos sexuales, la eterna unidad de la familia, la autoridad paterna, el materialismo de la vida moderna, el hedonismo y la decadencia moral que los países centrales quieren inocularnos, el nihilismo que impulsa al desdén por las jerarquías, la subversión de los valores cristianos, y, fundamentalmente, la lacra que resulta de todo esto: el ateísmo, la plaga de la modernidad.

La importancia de estos factores ha sido —creo— subestimada. Que Perón hubiera dado la señal para su efectivo derrocamiento con ataques a la Iglesia, que Frondizi tambaleara por hacer peligrar la enseñanza religiosa, que Onganía inaugurara su régimen con el cierre de los hoteles de placer transitorio y de un centro de arte moderno, nos indica mucho más que un exotismo tribal de nuestro país.

Hay quienes —como el periodista Óscar Raúl Cardozo— afirman que la estrategia gubernamental de lucha contra el narcotráfico es un modo encubierto de control social. Creo que es más que eso: se trata del refuerzo de un lenguaje cultural, de la sobreimposición de una forma de vida argentina contra la modernidad. Este tipo de lenguaje no necesita de la droga para enunciarse, lo que sí necesita es de un abanico de pretextos que amenazan nuestra vida nacional, la droga puede ser uno de ellos, cierta música también, una película, reivindicaciones de la juventud.

La palabra subversión, que en vísperas del Proceso sustituye a la palabra extremismo, indica el pasaje de una categoría de descalificación política a otra de supresión ética. Cuando lo que se juega es el Ser Argentino, ya no se trata de conclusiones argumentales de una lógica cualquiera sino del punto de partida metafísico que decide una identidad. La tutela espiritual es la garantía requerida para que esta decisión sea la debida.

3) El tiempo de la cultura no es el mismo que el de la política o el de la economía. Se pueden trazar fracturas en nuestra historia política o indicar los ciclos económicos. La cultura tiene su propia periodización, su cadencia es la del largo plazo, pero su incidencia también es puntual. Las formaciones éticas y estéticas de la Argentina constituyen la política profunda. Estética en el sentido de formas de sensibilidad sociales, estilos de vida. Ética porque concierne a los valores, a las evaluaciones y exclusiones, al mundo de las jerarquías, el de las sanciones y las condecoraciones. La cultura, con sus medios de producción simbólicos, contribuye a formar una educación sentimental. Los griegos lo hacían con el arte de la tragedia, nosotros con los grandes medios de información y distracción. Hay que educar sentimentalmente al soberano, ayudar a forjar sus repulsiones, indignaciones, incondicionalidades. Y cada tanto provocar un choque de fuerzas para que no se debiliten las convicciones. Puede ser una guerra, un

crimen ejemplar, un nuevo ídolo popular, una alquimia de esperanzas y amenazas. Según una matemática social es posible imaginar que la debilidad del estado argentino refuerza por compensación el enunciado del Gran Relato Argentino. Resquebrajados los lazos comunitarios, los que producen las identidades históricas, se infla el fantasma del Ser. Somos argentinos, es decir católicos, apostólicos, romanos, creyentes, pulcros, modosos, blancos, elegantes, sumamente tiernos.

4) La generación que hoy ya ha pasado los cuarenta años ha vivido una historia particular, la ha vivido bien. Es decir que no ha transitado por toda la historia argentina. Nos han contado la leyenda del siglo pasado pero no su historia, nos han recordado que el país cambia radicalmente a principios de siglo y que a partir del 30 nace la lamentable irrupción de los ejércitos en la vida política, que a partir de los años cuarenta también irrumpen la lamentable economía dirigista y el populismo, que entre las democracias demagógicas y las dictaduras más o menos sangrientas, hemos vivido una historia lamentable. Pero aquí se trata de otra cosa. Lo que sí es incuestionable es que los últimos cincuenta años los hemos vivido bajo un régimen político custodiado por las armas y cobijado por la tutela espiritual de los representantes del Señor. Y no conocemos otra cosa. Pero de tanto lamento nos hemos habituado a pensar con razonamientos negativos la porción de la historia que nos pertenece. Se insiste en la destrucción y la decadencia en todos los niveles. La categoría de violencia y de represión sirve para definir de una sola pincelada períodos históricos de alta complejidad. Así, con ánimo reivindicativo y salvacionista, vemos el pasado como lamentable en extremo y se proclama que el cambio de rumbo será absoluto y el pasado definitivamente muerto. Cada vez que se anuncia una Nueva Argentina se hace tabla rasa con el pasado y se construye un desierto pretérito. La Argentina siempre está por nacer y por condenar firmemente su pasado.

Para entender a la cultura argentina de las últimas décadas, para decir algo sobre nuestro pasado inmediato, el del Proceso, debemos deslindar el fenómeno de la matanza. Se ha centrado hasta el momento el análisis de la Dictadura del Proceso en los desaparecidos y en las torturas. Hemos subrayado en nuestro recuerdo el aspecto cruento de aquella época. Se ha llegado también al deseo de que *nunca más* vuelva a suceder. Pero para que este deseo tenga vías de realización debe suponerse que, aunque no haya por un tiempo torturas y desapariciones, si las condiciones culturales de su posibilidad se mantienen intactas, el «nunca más» es sólo una incierta aspiración.

El Proceso concitó poco interés para el análisis de la vida cotidiana, la cultura diaria, los fines, ideales y las pautas de conducta. Es necesario

analizar aquello que sí se permitía, el hombre que quería construirse, el argentino idealizado, las formas de su entronización, los libros que debía leer, las palabras que le venía bien pronunciar, el tipo de Dios que le convenía adorar. Se ha condenado al Proceso por los excesos en la represión pero poco se ha pensado en la propuesta cultural que quiso imponer. Una especie de ideología ilustrada nos hace creer que las épocas de gobierno militar son de barbarie y brutalidad en estado puro. Quizá no sea tan difícil mostrar que los cambios en las instituciones políticas o en las formas de administración no se reducen a la bipolaridad democracia/dictadura. No por eso se hace peligrar la claridad de la oposición, por el contrario, se trata de interrogarse acerca de los elementos que faltan para que esta oposición sea real. Es posible que más acá de las fracturas institucionales existan continuidades culturales.

Para la época del Proceso, estos relieves culturales aparecen en el marco del carácter replegado y vergonzante, y a veces participativo y complaciente, de los partidos políticos; el apoyo entusiasta de las organizaciones intermedias; la celebración inculdicable de la prensa; la producción de nuevas formas de la idolatría que encumbra a un largo listado de figuras populares —deportivas, artísticas, científicas— que acompañan al poder; el estímulo y difusión de expresiones cinematográficas que centran la atención del público en los avatares de la potencia del macho frente a la aparición del culo de la mujer y la insistente recomendación de austeridad moral, devoción religiosa e invocación multiplicada de la bendición de Dios.

Los cuatro puntos que se proponen para un análisis de la cultura argentina concebida como una cruzada moral son: 1) la vigencia de los plazos cortos y el uso de una heterogeneidad de materiales; 2) el vínculo de la tutela espiritual de la Iglesia con los ciclos de persecución política en nombre de nuestra argentinidad; 3) pensar la educación sentimental del soberano como un eje político; 4) deslindar la categoría de violencia para analizar los períodos dictatoriales. Separar los aspectos negativos asociados a los fenómenos de censura y a las vías de la represión, para plantear los aspectos afirmativos de la cultura del terror. Pasemos a algunos de estos aspectos.

Hay quienes dicen que amplios sectores de las capas medias se han desacralizado. La economía libre, el fomento de un turismo masivo y la importación de productos sofisticados, alientan el desinterés por los grandes valores. Pero las consecuencias de la «plata dulce», del dólar barato y de la invasión de electrodomésticos, apenas conmueven al Ser nacional. Esta modernización consumidora se acomoda con facilidad a las jefaturas tradicionales. La corrupción creciente de la casta que manda no debilita su purismo; por el contrario, lo nutre. Las dictaduras militares y las tutelas espi-

rituales han adaptado sus tareas al mayor consumo de frivolidades perecederas. Se ha dado al César lo que le corresponde y a Dios, lo que es suyo.

La modalidad consumidora de nuestros jóvenes y adultos, hombres y mujeres, es una argentinización de las modas vigentes en los países centrales. Consumimos novedades varias amortizadas y domesticadas. Lo importante es que nada destaque del código común, que se depure la agresividad de los cambios en la apariencia social y se conserven los efectos pulcros de la moda.

Conocemos la pulcritud argentina, un modo del aseo, de la corrección cívica, de las posturas públicas, la modosidad ciudadana, una figuración de cierta clase media que opera como horizonte cultural. Constituye una faz edificante que se enuncia transversalmente a la historia política. Esta pulcritud se inscribe en un conjunto de purezas y de higienes que llegan —entre otros temores— al repetido temor de los poderes culturales a ser invadidos por modos de vida foráneos y valores extranjerizantes. No queremos darle lugar a los mensajes sin raigambre. Las ambiciones dinásticas y las alcurnias son el disfraz de nuestra pacatería. La cultura se compone, así, de zonas venenosas frente a las que se yergue una idea anoréxica de la misma que siempre teme a las novedades.

La dureza que evidencia la conducta que impone formas de pulcritud y de defensa de valores divinos y argentinos, aun a costa de un mar de sangre, se compensa con otro matiz de la cultura argentina. La ternura. La ternura es lo que nos centra en nuestro ser nacional, en nuestra individualidad argentina, es la esencia de nuestra apariencia. La hospitalidad no es la ternura. La primera es una característica que aún no se ha perdido del todo en nuestro país, pero la ternura es su deformidad. La ternura nace como pedido de acercamiento, de escucha comprensiva, de reconocimiento de nuestra natural inocencia argentina, de nuestro candor irreflexivo y la pristina pureza que a veces los extraños no saben apreciar. Existe una política de los afectos, la conversión de los sentimientos en un arma política. En la Argentina se refuerza la apelación a los sentimientos, hay una prédica que varía según los estratos sociales y el tipo de actividades en el que el «sentir» es más importante que el pensar. Si se siente bien, de un modo adecuado, el resultado de las acciones y las consecuencias de las decisiones ya tienen media sanción favorable. Por eso, los personajes principales de la política deben ser mostrados en su calidad humana, la gente tiene que entender que es más importante el trasfondo sentimental de los grandes personajes que su situación de poder. Porque así, además, puede mostrarse la comunión de todos los argentinos, lo que los une en el sentimiento principal, lo que los hace un Gran Uno. Todos tenemos fe cristiana, por ejemplo, nos vinculamos en nuestro amor a Dios, y todos tenemos familia, padre a quien respetar, madre a quien venerar e hijos